

debería presuponerse a todo juicio empírico con pretensiones cognitivas acerca de la naturaleza. Dado que lo bello supone una finalidad subjetiva de la naturaleza a nuestras facultades, mientras que lo sublime carece de dicha finalidad, quedaría demostrada la función sistemática de lo bello aunque no así la de lo sublime.

Finalmente, en el último capítulo se expone que la crítica del gusto debe ser interpretada como la fundamentación definitiva del criticismo. La piedra de toque se hallaría en el tipo de pretensión que subyace a los juicios de gusto, pues se trata de una mera pretensión de universalidad que supone a su vez la comunicabilidad entre los seres humanos, en cuyo fundamento podemos hallar el fundamento suprasensible de la humanidad. De ese modo, a partir de un juicio estético arribaríamos al ámbito de lo suprasensible.

En suma, mediante un estudio histórico evolutivo que abarca el período 1770-1790, el autor señala que los juicios *in concreto* son un antecedente del juicio reflexionante tal como aparece en la tercera *Crítica*. En dirección opuesta, será el juicio de gusto el que permita fundamentar el problema del juicio en general —dando así respuesta a un problema ya planteado en 1770— y del juicio reflexionante en particular. Si bien el autor desarrolla sus argumentos de manera minuciosa y señala la inserción de la estética dentro del pensamiento kantiano, considero que no da razones satisfactorias acerca de su omisión en el tratamiento de lo sublime —categoría que debería ser tratada en un estudio histórico sobre el problema estético—.

Matías Oroño. Universidad de Buenos Aires-CONICET  
matiasoro@gmail.com

---

SARALEGUI BENITO, MIGUEL

*Maquiavelo y la contradicción*, EUNSA, Pamplona, 2012, 467 p.

Encontrarse inmerso en el quinto centenario de la publicación de *El príncipe* de Maquiavelo invita a pensar en una nueva oleada que engrose la, ya de por sí, extensa bibliografía sobre el secretario florentino. Una somera observación de este auténtico océano biblio-

gráfico sorprende por la diversidad de perspectivas sobre las que se ha abordado la obra de Maquiavelo, pero más todavía, por la diferencia entre las múltiples interpretaciones que se han dado de su pensamiento. Ambos factores son, en parte, recogidos por este libro, que no responde al furor provocado por fechas meramente conmemorativas, sino a una investigación de largo recorrido. En éste se pretende abordar el pensamiento maquiaveliano por medio de la contradicción, de la que dan buena cuenta las diversas interpretaciones de la obra del autor italiano.

Sin embargo, no es esta obra una mera discusión con la ingente bibliografía crítica acerca de Maquiavelo en la que la contradicción se muestre en el plano de la interpretación del florentino. La contradicción, por el contrario, es utilizada como un elemento heurístico para analizar la obra de un autor que a lo largo de cinco centurias se ha descubierto como auténticamente polimórfico y difícilmente estructurable bajo un corpus unitario. Saralegui, en lo que se podría calificar como un auténtico ejercicio de honestidad intelectual, rechaza la voluntad de presentar “un” Maquiavelo en el que las contradicciones aparecerían diluidas o, más bien, racionalizadas para mostrar, precisamente, el carácter internamente contradictorio de algunas de las nociones más clásicas del autor florentino.

La voluntad de esta obra no es, por tanto, la de realizar una síntesis del pensamiento maquiavélico sino mostrar a través de una “topografía de las contradicciones” la irreconciliabilidad de diversas posturas mantenidas por el autor a lo largo de sus múltiples obras o, incluso, en la misma obra. Para ello analiza los asertos internamente contradictorios, y sostenidos con la misma convicción filosófica, en relación a la fortuna (más bien, al determinismo de la fortuna), la virtud y la valoración de la acción política o teoría de la acción. La exposición implacable y clara de las contradicciones, tanto macrotextuales como microtextuales, sugeridas por otros críticos como Martelli y algo más timidamente por Chabod, Bausi y un largo etcétera, florecen aquí de una manera inapelable. Para el asombro del lector más o menos lego en la obra del florentino se descubre con una contundente evidencia el carácter contradictorio de los conceptos centrales de su pensamiento. En el caso de los especialistas en Maquiavelo, la soltura de exposición y exhaustivo conocimiento de la bibliografía primaria y

secundaria convierte la hipótesis de un Maquiavelo contradictorio en algo más que una posibilidad interpretativa.

Pocas objeciones se pueden poner al desarrollo interno de esta obra. El único “pero” puede ser el aparente carácter taxativo con el que es propuesta la identificación de contradicciones como el método para estudio de la historia de las ideas o la historia de la filosofía en el capítulo inicial. Cabría objetar que si este método puede ser fecundo en el caso de Maquiavelo, y de hecho aquí se muestra gran parte de su potencialidad, puede resultar de menor entidad en autores cuyo rigor y voluntad lógica conviertan la contradicción en un elemento marginal y accidental. En ese caso, difícilmente podría ser de provecho la metodología propuesta si lo que se quiere es entender cabalmente a un autor, sería algo así como convertir lo patológico de un pensador en el objetivo principal para el estudio filosófico. Ahora bien, en su descargo hay que señalar que, finalmente, esta propuesta es matizada en sus conclusiones. En éstas se circunscribe el análisis por medio de la contradicción a la obra de Maquiavelo, en particular, y del pensamiento del Renacimiento, en general, que aparecería así como un mundo intelectual autónomo o, más exactamente, diferente de la modernidad.

En definitiva, se trata, sin duda, de una de las mejores aportaciones contemporáneas al estudio de Maquiavelo nacida de las letras hispanas que no está, precisamente, huérfana de estudios de entidad al respecto si tenemos en cuenta la labor crítica de nombres como Forte, Conde, Bermudo, Del Águila o Díez del Corral. La obra de Saralegui resulta de indudable valor para el *scholar* en la materia y un auténtico antídoto frente a los lugares comunes, los mitos y las ideas enciclopédicas que se tienen del pensamiento del autor florentino. En la conclusión del libro el autor asume que ésta sólo es una preparación para la reconstrucción de un Maquiavelo más “real”, es decir, alejado de racionalizaciones espurias. En cualquier caso, las evidencias expuestas por Saralegui obligan a la bibliografía venidera a enfrentarse, si tiene una mínima intención de rigor, a un Maquiavelo decididamente contradictorio.

Carlos Goñi Apesteguía. Universidad de Navarra  
cgonia@alumni.unav.es